

La enseñanza de la Economía en la Universidad: el reto de su revisión

José M. Domínguez Martínez

Resumen: En este trabajo se pasa revista a la situación de los estudios universitarios en Economía a raíz del movimiento internacional tendente a introducir sustanciales cambios en los contenidos de los programas académicos y en la metodología empleada para su impartición. El trabajo se estructura en tres partes: inicialmente se analiza la génesis de dicho movimiento; posteriormente se aborda la puesta en cuestión de la metodología económica; finalmente se apuntan posibles líneas de revisión a introducir en el enfoque estándar de la Economía.

Palabras clave: Enseñanza Economía; Universidad; metodología; planes de estudio.

Códigos JEL: A22; B40.

1. La Gran Recesión como detonante: el afloramiento de un descontento latente

Ya antes de que se desencadenara la crisis económica y financiera global en 2007, eran bastante frecuentes las descalificaciones hacia los economistas provenientes de los intelectuales más diversos (Domínguez, 2010). Una vez que aquella irrumpió, mostrando su verdadero alcance en el aciago mes de septiembre de 2008, el aluvión de críticas se desató sin freno (Jones, 2013; García Montalvo, 2014)¹. El reproche de la Reina de Inglaterra al preguntar cómo nadie había sido capaz de ver la llegada de una crisis con efectos tan devastadores sirve, con tan distinguido sello monárquico, de epítome de la situación².

La corriente de críticos e insatisfechos con la ciencia económica ha llegado a arraigar también entre el colectivo de estudiantes de la materia. En noviembre de 2011 se produjo un hito que dio la vuelta al mundo, cuando un grupo de estudiantes abandonó la clase de Economía impartida por Gregory Mankiw en un templo sagrado del conocimiento como es la Universidad de Harvard. En una carta abierta, los alumnos que se ausentaron (entre un 5 y 10 por ciento del total, según indica el

conocido docente) manifestaban que la naturaleza sesgada de la asignatura simbolizaba la creciente desigualdad económica en Estados Unidos y contribuía a ella. En una templada carta de respuesta, Mankiw (2011) informaba de que otros alumnos que ya la habían cursado se incorporaron esa jornada al aula como contraprotesta e, irónicamente, el tema programado para ese día era justamente el de la desigualdad económica.

Pero, más allá de este episodio más difundido, la semilla de la insatisfacción con la forma en la que se enseña Economía en la Universidad ha germinado en distintos centros de estudios superiores de países avanzados. Como señalaba *The Economist* (2013, pág. 34), “*mientras la economía global se está curando lentamente, la materia [Economía] está aún en un estado de flujo, con estudiantes ansiosos por entender lo que fue mal, pero frustrados por lo que han recibido como enseñanza*”. En mayo de 2014, 44 asociaciones de estudiantes de 19 países hicieron público un llamamiento en demanda de una revisión del currículum académico de los economistas y de los métodos seguidos en la docencia (Domínguez, 2014b)³. Se trata de un hecho bastante insólito en otros campos del saber que viene a ilustrar las singularidades de la Economía como ciencia, aunque también un peculiar estatus que propicia que no se necesiten demasiadas acreditaciones para ejercer el apostolado en el terreno económico.

Sostiene Mario Bunge (2014) que hay dos clases de rebeldes, los que saben algo y los que no saben nada. Aunque cualquier movimiento no selectivo puede amparar las posiciones más variadas, con distinto grado de fundamento, los estudiantes de Economía reivindicativos –al menos los autores de contribuciones como las recogidas en la página web de *Rethinking Economics*– han de incluirse

¹ Paradójicamente, en países como Argentina, como portadores de respuestas en tiempos convulsos, los economistas han acumulado un gran poder de influencia en la opinión pública (*The Economist*, 2014b).

² Ante ese panorama de considerable vituperación hacia los economistas, resultaba extraño encontrar posiciones de reivindicación de su figura, incluso dentro de la profesión. Una excepción la encontramos en Medel (2011). No obstante, como ya en su día sostuvieron ilustres economistas (Domínguez, 2010), algunos de éstos, como Harford (2014), consideran en la actualidad que “*no tiene mucho sentido preguntar a un economista que nos diga lo que le ocurrirá a la economía el año que viene –nadie lo sabe*”. Por su parte, Brittan (2014) propone sustituir el enfoque de poner mucha confianza en las predicciones por otro basado en contingencias: “*En lugar de preguntar: ‘¿Qué ocurrirá?’ debemos preguntar: ‘¿Qué debemos hacer si?’*”.

³ Jones (2014b) titulaba un breve artículo sobre el movimiento estudiantil de forma muy significativa y evocadora.

holgadamente en la primera categoría delimitada por el filósofo argentino. En esta línea, Jones (2014d) considera que la iniciativa estudiantil se basa en un planteamiento meditado y articulado.

Los referidos estudiantes están desencantados con las limitaciones de los conocimientos económicos impartidos para explicar los eventos del mundo real, reclaman la utilización de enfoques más amplios y diversos, y tratar problemas como la desigualdad y las consecuencias económicas del cambio climático. La rigidez de los modelos matemáticos dominantes se sitúa en el núcleo de las críticas. Una excesiva dosis de fe en modelos basados en la hipótesis de que todos los agentes se comportan de manera racional presenta el riesgo de que no se adquieran las competencias necesarias para afrontar los verdaderos problemas que aquejan a la sociedad. Asimismo, se considera que la complejidad de los fenómenos económicos aconseja dar cabida a otras disciplinas y no circunscribirse a un único enfoque analítico.

Para la Post-Crash Economics Society (PCES, 2014), el problema radica en la educación económica: *“Si la educación económica no se ajusta para su propósito, no producirá los economistas cualificados que necesitamos y la sociedad sufrirá como resultado de ello. Se requiere un replanteamiento de la disciplina o, por el contrario, se repetirán otros fallos en la Economía, como la crisis financiera”*. En suma, la Gran Recesión ha evidenciado la inadecuación de la enseñanza de la Economía para ayudar a los estudiantes a entender los eventos del mundo real (Jones, 2014a). Los estudiantes de Economía se azoran -señala Carlin (2013)- cuando ven que no son capaces de explicar la crisis de la Eurozona o el persistente paro mejor que sus colegas que estudian Ingeniería o Arqueología.

Lejos de creer que nos encontramos ante una moda pasajera con la que pueden marcarse cómodas distancias, la invitación a la revisión de los planes de estudio ha encontrado importantes y significados apoyos dentro del mundo académico y profesional (Jones, 2014e). Como expresaba The Economist (2013), *“no sólo los estudiantes están insatisfechos con la Economía. También, los economistas profesionales”*.

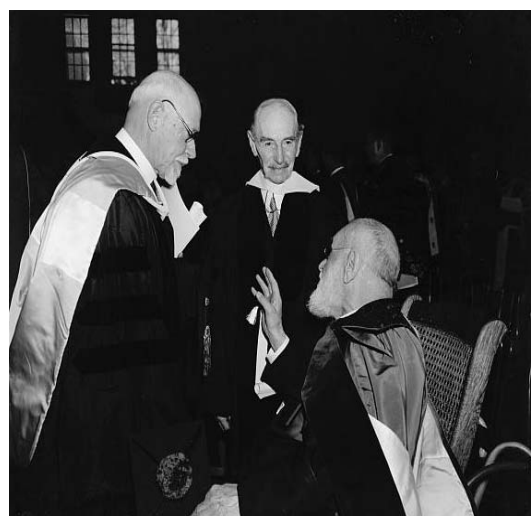
Así, por ejemplo, Benoit Cœuré (2014), miembro del comité ejecutivo del Banco Central Europeo, ha abogado por cambiar la orientación de los modelos académicos hacia situaciones en las que existen fricciones, así como por buscar un equilibrio entre la pluralidad, que da robustez, y la proliferación de enfoques, que impediría la comparabilidad. Cuestiona en particular el paradigma de modelización de las “expectativas racionales” dominante en la investigación económica, que *“postula fuertes supuestos sobre la toma de decisiones humanas, que implican, por ejemplo, que los agentes económicos son siempre capaces de asignar probabilidades*

razonables a los resultados alternativos. Claramente, esta caracterización de la toma de decisiones humana está en abierto contraste con nuestra propia experiencia reciente. Necesitamos comprender cómo el pánico y las burbujas pueden surgir de sesgos psicológicos”.

En este contexto, la complacencia entre los economistas respecto a la idea de que una economía de mercado no regulada tiende al autocontrol es considerada una de las causas del fracaso de la Economía (Carlin, 2013).

La demanda de pluralismo es también respaldada por John Kay (2014b), prestigioso economista inglés y destacado columnista del Financial Times, si bien advierte de la improcedencia de pretender generar contenidos a la medida de la agenda política de cada persona. Kay es asesor del *Institute for New Economic Thinking*, que defiende un enfoque ecléctico: el campo de la Economía no viene dado por un método de análisis sino por un conjunto de problemas; un adecuado alcance de la disciplina debe acoger cualquier idea que aporte utilidad sobre dichos problemas (Kay, 2014a).

Kay (2014b) pone también el dedo en la llaga sobre una importante cuestión como es la del equilibrio entre las actividades docentes e investigadoras: *“Una causa del problema no es específico de la Economía. Las modernas universidades premian la investigación por encima de la docencia, en un grado que dejaría atónitas a las personas ajenas al sistema... muchos profesores ven la enseñanza como un incordio en el camino de su ‘propio’ trabajo”*. A este respecto, hace algunos años, el profesor Victorio Valle (2004, págs. 1.040-1) aludía a *“la carencia de criterios de calidad social o de prioridad en la utilización de los recursos de investigación por parte de los agentes investigadores atraídos muchas veces por temas puramente especulativos”*.



Por otro lado, el manifiesto publicado por la mencionada asociación de la Universidad de Manchester (PCES) se encuentra prologado por A. Haldane, Director Ejecutivo para la Estabilidad Financiera en el Banco de Inglaterra, quien afirma que *“es hora de reconsiderar los pilares de la Economía”*.

Pese a tales respaldos, no faltan posiciones críticas respecto a los planteamientos de los colectivos de estudiantes, como las que inciden en la falta de rigor de algunas escuelas de pensamiento ajenas a la corriente principal (Jones, 2014c). Por su parte, Tim Harford, autor del *best seller* *“El economista camuflado”*, rechaza que el conocimiento económico haya sido irrelevante; en su opinión, el problema deriva de que algunas personas no sabían cuándo aplicarlo ni cómo adaptarlo a la realidad (Jones, 2013).

Por último, no puede perderse de vista que algunas de las críticas procedentes de fuera del ámbito económico se antojan pequeñas si las comparamos con los ataques cruzados entre distintas escuelas de economistas. Así, por ejemplo, Krugman (2013) – quien no duda en referirse a los “economistas de pacotilla” para calificar a algunos miembros de la profesión– afirmando que la mayor parte de los trabajos en macroeconomía de los últimos treinta años ha sido inútil, en el mejor de los casos, y perjudicial, en el peor. Incluso llegado a afirmarse en las páginas del diario Financial Times que los economistas se ven entre sí como virus, que, de otro modo, serían una pieza útil de software (Domínguez, 2010).

2. La puesta en cuestión de la Economía como ciencia

Así pues, también antes del arranque de la Gran Recesión, el panorama del pensamiento económico distaba de ser uniforme y pacífico, caracterizándose por la existencia de distintas escuelas con visiones contrapuestas e irreconciliables. Tal vez sea ese un rasgo consustancial a la naturaleza de la Economía como ciencia social. De no serlo, difícilmente se aceptaría con tanta normalidad tan discrepante elenco de propuestas explicativas y de recetas diametralmente opuestas para solucionar los problemas sociales. No es menos cierto que su permeabilidad a todo tipo de injerencias abona el terreno para una controversia permanente. Los retos creados por la referida crisis han exacerbado las críticas hacia la profesión económica y avivado la necesidad de poner orden en la convulsa ágora económica. No obstante, ya desde hace décadas la corriente de la Economía experimental viene propugnando el recurso a la experimentación como única alternativa para consolidar el cuerpo de conocimientos de la ciencia económica, frente a modelos abstractos que ignoran atributos esenciales del mundo real.

Robert Shiller (2013), Premio Nobel de Economía en 2013, ha reflexionado acerca del posible carácter científico de la Economía, advirtiendo de que *“el problema es que una vez que nos centramos en la política económica, entra en juego mucho que no es ciencia”*. Los físicos o los químicos, científicos incuestionados, se enfrentan con una realidad sumamente compleja pero apta para la experimentación en laboratorios o las modelizaciones matemáticas sin necesidad de recurrir a una batería de hipótesis de comportamiento. La actividad económica, protagonizada por personas que procesan continuamente información dentro de un marco institucional cambiante, no se presta a la aplicación de los mismos métodos.

Una de las críticas más extendidas pone el acento en la “excesiva pretensión científica” de la Economía, que ha llevado a una exagerada fe en los modelos matemáticos, descuidando la necesidad de su vinculación con la experiencia real. Como señala Financial Times (2013), esta tendencia presenta el *“riesgo de no equipar al estudiante con las competencias necesarias para abordar los problemas reales”*.

Particularmente incisivo en este terreno se muestra George Cooper (2014), quien, en un reciente libro, con un título que no pasa inadvertido (*“Dinero, sangre y revolución”*), cuestiona el supuesto básico de una de las corrientes económicas dominantes, la neoclásica (Domínguez, 2014a; 2014d). Los modelos de esta escuela tan influyente parten de la hipótesis de que los individuos toman sus decisiones tratando de maximizar su bienestar o utilidad. Cooper discrepa de la plausibilidad de tal supuesto y, en su lugar, considera que las personas actúan como competidoras, es decir, tratando de que su posición sea mejor que la de otras.

Para justificar su planteamiento nos propone un famoso experimento conductista conocido como el juego del ultimátum. En éste, se comunica a dos jugadores que se les asignará una suma de dinero a compartir entre ambos, siempre que se pongan de acuerdo en la distribución. Si no lo hacen, ninguno recibirá cantidad alguna. Se permite que uno de los jugadores (A) haga una única propuesta de reparto al otro (B), que debe aceptarla o rechazarla. Supongamos que la cantidad total es de 10.000 euros. Imaginemos, por ejemplo, que A propone 8.000 euros para él y 2.000 euros para B. ¿Cómo cabe esperar que actúe éste? ¿Aceptará o rechazará la oferta? Si B fuese un maximizador de su utilidad, parecería claro que la aceptaría, ya que se aseguraría percibir 2.000 euros, frente a la alternativa, si la rechaza, de percibir nada. Sin embargo, los resultados de los experimentos realizados reflejan que el jugador B tiende a rechazar ese tipo de ofertas, dado que, aunque le permiten obtener un dinero adicional, lo dejan en una peor posición que al jugador A.

La Economía, según Cooper, se encuentra sumida en un estado de crisis y precisa de un giro como los que en su día protagonizaron científicos de la talla de Copérnico, Harvey o Darwin. Kuhn (1962) explica que cuando una ciencia se convierte en un campo de batalla entre diferentes e incommensurables visiones del mundo, pasa a un estado de crisis. Según Cooper, hay una serie de síntomas que sugieren que la Economía está en esa situación:

- La Economía se ha fracturado en tantas escuelas de pensamiento incompatibles para ser considerada una ciencia unitaria⁴.
- El debate entre las diversas escuelas de pensamiento se ha descompuesto. Hay diferencias fundamentales de opinión sobre el ámbito de la Economía y su metodología.
- Los modelos matemáticos usados por los economistas han proliferado y aumentado su complejidad, pero su capacidad predictiva no ha mejorado.
- Muchas de las escuelas de pensamiento operan acientíficamente en el sentido de que no tratan de modelizar la economía real, sino más bien de defender reformar la economía real para que se adapte a sus propios modelos.

Como explica Kuhn en el análisis de las revoluciones científicas, a pesar de que una teoría quede descartada por los hechos, es difícil que se rechace totalmente hasta disponer de otra mejor. Convencido de ello, Cooper se lanza a la búsqueda de un modelo superior que permita reemplazar el viejo paradigma. A tal fin, no duda en utilizar las enseñanzas darwinianas para subrayar que la toma de decisiones humanas es fundamentalmente un proceso competitivo. Así, las elecciones de los individuos resultan dependientes de las de sus semejantes. Si se admite este punto de vista, es evidente que el comportamiento agregado de una economía no puede representarse fiablemente como la suma de comportamientos individuales. Tampoco puede esperarse que se alcance un equilibrio, en la medida en que cada uno tratará permanente de mejorar su posición.

Otro de los ingredientes esenciales del enfoque propuesto consiste en ver cómo se distribuye la renta total entre los integrantes de la sociedad. La cuestión clave para dilucidar el progreso o el estancamiento económico radica en cómo circula el dinero en el interior de la pirámide social. Cooper se inspira en

Harvey, quien logró explicar el funcionamiento del aparato circulatorio humano, en su intento de desentrañar los secretos del circuito económico. En una sociedad feudal, el dinero, ya sea por la vía de las ganancias del comercio y del capital o de la tributación, se desplaza hacia la parte superior de la pirámide, hacia las élites, sin ningún tipo de retorno. Por el contrario, en una sociedad democrática, esencialmente gracias a la imposición progresiva, se generan flujos de dinero que llegan a la parte inferior de la pirámide. Al mismo tiempo, ante una mayor movilidad, los propietarios tratan de competir para no perder sus posiciones. Éstas son, según Cooper, las claves del éxito histórico del capitalismo democrático. Los sectores público y privado son contrapuestos, pero generan entre sí un antagonismo creativo, imprescindible para desencadenar el crecimiento económico.

El estudio de las revoluciones científicas es el camino elegido para elaborar la propuesta de cambio del paradigma económico; la mitología griega, la referencia utilizada para ilustrar las salidas a los problemas actuales. A semejanza de los trabajos de Hércules, la primera tarea encomendada es eliminar las actuaciones públicas favorecedoras del incremento del endeudamiento del sector privado; la segunda, inyectar dinero en la parte inferior de la pirámide a través de estímulos fiscales; la tercera, reequilibrar la carga de la imposición, disminuyendo la que recae sobre el trabajo.

Hoy por hoy, no sabemos si la propuesta “cooperiana” tendrá éxito o no en allanar el camino hacia un giro copernicano en el ámbito de la Economía. Ha de reconocerse que parte con alguna desventaja para ser validada por la academia: en el libro no aparece ninguna fórmula matemática (y apenas hay información estadística)⁵. Es cierto que en algunos pasajes hay una elevada dosis de simplificación de la realidad, pero no lo es menos que aporta savia nueva para tratar, si no de revolucionar, sí al menos de reactivar la circulación del pensamiento económico. Después de comentar la obra de Cooper, Authers (2014) apuesta por que dicha obra no logrará desencadenar ningún giro copernicano en la Economía, *“pero la necesidad de una nueva teoría es clara, aunque sólo sea para evitar que los inversores del mundo sigan usando modelos y supuestos que ya han demostrado irremisiblemente que no sirven para tal propósito. Cualquier cosa que contribuya a esta búsqueda es bienvenida”*.

Por otra parte, sin ningún género de dudas, avalada por su extraordinario éxito de ventas y su aún mayor incidencia en la opinión pública y en los círculos académicos, la obra de Piketty (2014) está llamada a

⁴ Chang (2014), que viene desempeñando un activo papel en la reivindicación de la revisión de los estudios de Economía, sostiene que no hay una sola forma correcta de hacer Economía, ya que existen al menos nueve escuelas económicas diferentes, que son justamente las diferenciadas por Cooper (2014).

⁵ Esta es una de las razones por la que The Economist (2014a) duda de que los economistas de la corriente principal tomen en serio las ideas de Cooper.

ejercer un gran impacto en el estudio de la Economía. Además de satisfacer la demanda de una mayor atención al problema de la desigualdad, con una impresionante base estadística histórica, una identificación de leyes del capitalismo -de consecuencias apocalípticas, salvo que se adopten medidas impositivas centradas en el capital de los más acaudalados-, propugna la reinserción de la Economía al cuerpo de las ciencias sociales, a fin de compartir con otras disciplinas enfoques y perspectivas⁶.

Los planes de estudio actuales, como señala Jones (2014b), limitan nuestra capacidad para abordar los desafíos multidimensionales del siglo veintiuno. La complejidad de los fenómenos sociales demanda inequívocamente remarcar el carácter de la Economía como una ciencia social. Hasta ahora, los economistas han venido considerando que su disciplina estaba dotada de un estatus superior respecto a otras ciencias sociales. Fourcade et al. (2014, pág. 21) atribuyen esa posición de autoestima hacia sus propias intervenciones en el mundo a que la Economía, a diferencia de la Sociología o la Ciencia Política, ha llegado a ser una poderosa fuerza transformadora⁷.



Llegados a este punto, después de una serie de consideraciones no muy reconfortantes para la profesión económica, tal vez proceda recordar, simplemente como contrapunto, la reflexión de Taylor (2014, pág. 38) cuando señala que *“la economía como ciencia no tiene respuestas para todos los problemas económicos del mundo. Pero también es justo recordar que tampoco los filósofos morales tienen respuestas para todos los problemas espirituales y éticos del mundo”*.

⁶ Así, por ejemplo, Morillas (2014) vaticina que *“su legado será poderoso para el estudio de la economía”*.

⁷ El papel de los economistas desde una perspectiva histórica se valora en Domínguez (2014c).

3. Las críticas a la Economía: una oportunidad para el cambio y la mejora

La situación de críticas hacia la profesión económica debe acogerse, en nuestra opinión, como una oportunidad con vistas a la reflexión, la recapitulación y la introducción de cambios para la mejora, a fin de que, como señala Sylvia Nasar (2012), los economistas puedan seguir trabajando para resolver los problemas reales con los que se enfrenta la humanidad⁸.

Partiendo de esa actitud de dar la bienvenida a algunas críticas, no hay que perder, empero, la perspectiva de que, en realidad, parte de ellas se derivan de que se han abandonado los criterios tradicionales de la Economía.

El propio Mankiw (2011), quien declara no ver el estudio de la Economía lastrado por un sesgo ideológico, nos remite a la célebre declaración de Keynes: *“La teoría económica no ofrece un cuerpo de conclusiones establecidas inmediatamente aplicables por la política. Es más un método que una doctrina, un aparato de la mente, una técnica para el pensamiento, que ayuda a quien lo posee a extraer conclusiones correctas”*⁹.

Al margen de las enseñanzas del gran economista británico, cuando hoy se reclama, con total justificación, unos mayores ingredientes de historia económica y del pensamiento económico en los planes de estudio, no podemos olvidar que ya Schumpeter (1954) sentó las bases que permiten distinguir a un economista “científico” del resto de la gente que piensa, habla y escribe de Economía: el dominio de técnicas clasificadas bajo los títulos generales de historia, estadística y teoría. Por ello, un primer paso provechoso consistiría simplemente en retomar las raíces de la profesión.

Cabe preguntarse, pues, cuánto hay de novedoso en los nuevos planteamientos y en la sentencia de Haldane en el preámbulo del manifiesto de la PECS (2014) (Jones, 2014a): *“Responder de manera apropiada las cuestiones de política pública del futuro requiere una comprensión del pasado. También requiere eclecticismo en la elección de la metodología, un conocimiento de la economía política, una apreciación de las instituciones, y una comprensión del dinero y de la banca”*. El nuevo pensamiento, como apunta Giles (2011), implica un “retorno al pasado”. Pero, indudablemente, el

⁸ Kay (2014c) pone el acento en el objetivo de disponer de más oportunidades de elección personal, entre las que destaca por encima de todas la de prolongación de la propia existencia.

⁹ Siegfried (2009, pág. 215) formula un advertencia notable a los profesores de Economía: *“el fin es habilitar a los estudiantes para comprender cómo pensar como un economista cuando tal pensamiento es apropiado, en vez de enseñarles a pensar (siempre) como un economista”*.

“olvido” del papel de las finanzas requiere ser reparado. En opinión, de Wolf (Jones, 2013), “la tendencia hacia la abstracción y la matematización ha sido al final un pacto con el diablo en el que la macroeconomía ignoró las finanzas”¹⁰.

A su vez, Mackintosh (2014) considera que las previsiones económicas tienen unos registros miserables: “La economía es un sistema demasiado complejo para ser pronosticado fiablemente mediante tales simples modelos... Con algunos de los modelos más populares siendo poco más que formas costosas para tomar la media de los últimos uno o dos años y la tendencia a largo plazo –ignorando el sistema bancario, de vital importancia- no debe ser una sorpresa que los resultados se asemejen tan poco a las predicciones”.

Así pues, la demanda de un mayor pluralismo y humildad en una disciplina que hasta ahora ha sobrevalorado el purismo y la certeza (Financial Times, 2014) parece, más que justificada.

También advirtió el gran economista austríaco de que el conocimiento de sentido común llega mucho más lejos que en casi todos los demás campos científicos: “La economía no cuenta con los beneficios que la física obtiene de los experimentos de laboratorio, pero goza de una fuente de información de la que carece la física, a saber, el amplio conocimiento humano del sentido de las acciones económicas”.

Por una razón o por otra, y sin perjuicio de los matices que proceda introducir, el conjunto de inquietudes que vienen manifestándose y la magnitud de los problemas y retos con los que se enfrenta la sociedad han creado una oportunidad inmejorable para hacer una recapitulación del pensamiento económico, para llevar a cabo una revisión de la metodología y para adecuar los programas académicos. Ahora bien, como nos recuerdan Colander y McGoldrick (2009, pág. 4), el contenido de las asignaturas puede ser menos importante que la pasión de los profesores.

¹⁰ Aquí nos encontramos con un importante conflicto de objetivos. Como advierte Financial Times (2014), muchos de los modelos económicos han ignorado el papel del sector financiero como una fuente de inestabilidad. Remediar esta deficiencia introducirá una mayor complejidad, por lo que los contenidos matemáticos habrán de ser incluso más intensos y, como recuerda Jones (2014c), será necesario recurrir a las Matemáticas dinámicas. Precisamente la intensificación matemática de la Economía ha sido uno de los factores que ha favorecido la autoconfianza entre los economistas (The Economist, 2014c).

Referencias bibliográficas

- AUTHERS, J. (2014): “Push to beat rival overtakes need to replace bad economic theory”, Financial Times, 13 de abril.
- BRITTAN, S. (2014). “The economic soothsayers possess no crystal ball”, Financial Times, 9 de enero.
- BUNGE, M. (2014): “Entrevista”, El País, 2 de mayo.
- CARLIN, W. (2013): “Economics explains our world – but economics degrees don’t”, Financial Times, 17 de noviembre.
- CHANG, H.-J. (2014). “Cómo ‘usar’ la economía”, El País de los Negocios, 6 de julio.
- COEURÉ, B. (2014): “Rethinking economics after the crisis”, BCE, junio.
- COLANDER, D., y MCGOLDRICK, K. (2009): “The Teagle Foundation report: the economics major as part of a liberal education”, en D. Colander y K. McGoldrick (eds.), “Educating Economists. The Teagle Discussion on Re-evaluating the Undergraduate Economics Major”, Edward Elgar, Cheltenham.
- COOPER, G. (2014): “Money, blood and revolution. How Darwin and the doctor of King Charles I could turn economics into a science”, Harriman House, Petersfield.
- DOMÍNGUEZ MARTÍNEZ, J. M. (2010): “Los economistas, en el banquillo de los acusados”, La Opinión de Málaga, 24 de marzo.
- DOMÍNGUEZ MARTÍNEZ, J. M. (2014a): “Dinero, sangre y revolución en Economía”, Sur, 14 de junio.
- DOMÍNGUEZ MARTÍNEZ, J. M. (2014b): “La rebelión de los estudiantes de Economía”, Sur, 9 de septiembre.
- DOMÍNGUEZ MARTÍNEZ, J. M. (2014c): “El papel de los economistas en perspectiva histórica”, Sur, 8 de noviembre.
- DOMÍNGUEZ MARTÍNEZ, J. M. (2014d): “Reseña” de la obra de Cooper (2014), eXtoikos, nº 15.
- FINANCIAL TIMES (2013): “A new economics”, 12 de noviembre.
- FINANCIAL TIMES (2014): “Economics needs to reflect a post-crisis world”, 25 de septiembre.
- FOURCADE, M.; OLLION, E., y ALGAN, Y. (2014): “The superiority of economists”, Max Planck

Sciences Po Center on Coping with Instability in Market Societies, MaxPo Discussion Paper 14/3.

GARCÍA MONTALVO, J. (2014): “¿Dónde quedó la ciencia económica?”, *El País de los Negocios*, 6 de julio.

GILES, C. (2011): “A formula for teaching economics”, *Financial Times*, 11 de noviembre.

HARFORD, T. (2014): “An astonishing record – of complete failure”, *Financial Times*, 30 de mayo.

JONES, C. (2013): “‘Dismal science’ seeks fresh thinking after failure in crisis”, *Financial Times*, 11 de noviembre.

JONES, C. (2014a): “A post-crash manifesto to rebuild economics”, *Financial Times*, 22 de abril.

JONES, C. (2014b): “Economics students of the world, unite!”, *Financial Times*, 5 de mayo.

JONES, C. (2014c): “Economics: change of course”, *Financial Times*, 16 de mayo.

JONES, C. (2014d): “ECB’s Cœuré backs student calls to overhaul economics curriculum”, *Financial Times*, 26 de junio.

JONES, C. (2014e): “Universities to revamp economics courses”, *Financial Times*, 22 de septiembre.

KAY, J. (2014a): “Economists: there is no such thing as the ‘economic approach’”, *Financial Times*, 14 de enero.

KAY, J. (2014b): “Angry economics students are naive –and mostly right-”, *Financial Times*, 20 de mayo.

KAY, K. (2014c): “Live longer -and thank economics”, *Financial Times*, 14 de octubre.

KRUGMAN, P. (2013): “El reino del error de los economistas”, *The New York Times*, 27 de mayo; Blogs de *El País*.

KUHN, T. S. (1962): “The structure of scientific revolutions”, University of Chicago Press, Chicago.

MACKINTOSH, J. (2014): “When economists reach a conclusion, it is time to worry”, *Financial Times*, 14 de diciembre.

MANKIW, G. (2011): “Know what you’re protesting”, *The New York Times*, 3 de diciembre.

MEDEL CÁMARA, B. (2011): “El papel de los economistas en la sociedad”, *eXtoikos*, nº 1.

MORILLAS, P. (2014): “¿Revolucionará Piketty la Universidad?”, *El País*, 6 de junio.

NASAR, S. (2012): “La gran búsqueda. Una historia de la Economía”, Debate, Barcelona.

PIKETTY, T. (2014): “Capital in the twenty-first century”, Harvard University Press, Cambridge, Mass.

POST-CRASH ECONOMICS SOCIETY (PCES) (2014): “Economics, Education and Unlearning”.

SCHUMPETER, J. A. (1954): “History of Economic Analysis”, Oxford University Press; versión española, Ariel, Barcelona, 1971.

SHILLER, R. J. (2013): “Is Economics a science?”, Project Syndicate, noviembre.

SIEGFRIED, J. J. (2009): “Really thinking like an economist”, en D. Colander y K. McGoldrick (eds.), “Educating Economists. The Teagle Discussion on Re-evaluating the Undergraduate Economics Major”, Edward Elgar, Cheltenham.

TAYLOR, T. (2014): “Economía y moral”, *Finanzas & Desarrollo*, junio.

THE ECONOMIST (2013): “Post-crisis economics. Keynes’s new heirs”, 23 de noviembre.

THE ECONOMIST (2014a): “Revolutionary fervour. Does economics need a rethinking?”, 8 de marzo.

THE ECONOMIST (2014b): “Celebrity economists. The sages of the pampas”, 29 de noviembre.

THE ECONOMIST (2014c): “The status of economists. The power of self-belief”, 6 de diciembre.

VALLE SÁNCHEZ, V. (2004): “La investigación como dedicación del economista”, en E. Fuentes Quintana (dir.), “Economía y economistas españolas”, vol. 8, Funcas, Círculo de Lectores, Barcelona.

